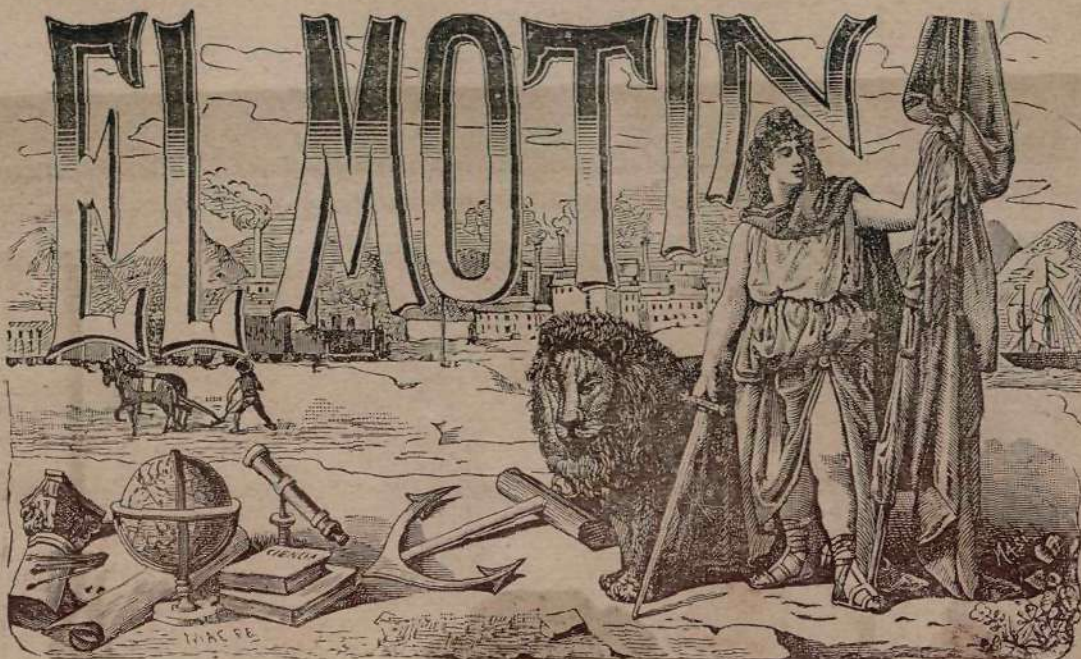


PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	
	Pesetas
Me.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10
PROVINCIAS	
tres meses.....	3
Sem.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar.....	3 pesos
CORRESPONSALES	
25 números de EL MOTÍN.....	2,50
Idem del Suplemento.....	0,75
NÚMERO DE EL MOTÍN	
	15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.^o de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

CARIDAD

Bella es la frase de Cristo «que ignore tu mano izquierda lo que hace tu derecha», mas en esta ocasión debemos olvidarla.

¿Para qué? Para ver si la emulación completa lo que la Caridad no haga; para impulsar con el ejemplo; para ensayar todos los medios que puedan robar vidas a la epidemia reinante.

Disculpémosenos, por lo tanto, si, faltando a nuestra costumbre de hacer el bien en silencio, abrimos la siguiente

SUSCRIPCIÓN

para las víctimas de la epidemia.

	Pesetas.
EL MOTÍN.....	500

EXCITACIÓN

El pueblo se muere de hambre y de frío.

No es la palabra Caridad la que siempre hemos invocado para él: es la de Justicia; mas como no son estos momentos propios para discutir ideas, sino para buscar remedios salvadores, gritamos muy alto:

¡Caridad para el pueblo!

Horroriza leer los periódicos estos días. Escenas terribles, espantosas, cual no pudo soñarlas nunca la imaginación más calenturienta. ¡Los vivos envidian a los muertos porque ya dejaron de sufrir!

Mas no hay para qué pintar cuadros aterradoros, sino hacerse esta sencilla reflexión:

Si los que nos alimentamos bien, tenemos abrigo sobrado y moramos en habitaciones confortables estamos preocupados ante la epidemia, ¿qué no ocurrirá a los que carecen de todo eso?

Contesten por nosotros las cifras aterradoras de muertos que se publican a diario; que esto es mucho más elocuente que cuanto pudiéramos decir.

Así, pues, ¡arriba los corazones! y si no los corazones, el egoísmo; y a hacer cada cual lo que pueda por los que agonizan.

Hemos hablado de egoísmo, y debemos explicar lo que hemos querido decir.

Estamos en unos tiempos en que, como ha afirmado no sé quién y varios han repetido, la riqueza tiene mucho que hacerse perdonar. Aproveche esta ocasión.

A todos llamamos, a ninguno excluimos. Nos crecíamos deshonrados a nuestros propios ojos si de una calamidad pública intentáramos sacar argumentos en favor de nuestras ideas. Tenemos suficiente fe en ellas y en nosotros para saber que no necesitamos apelar a tales recursos.

Esta no es cuestión de doctrinas; es cuestión de vida ó muerte, que hay que resolver al mo-

mento. Llegar a tiempo es hoy, más que otras veces, la clave segura del éxito.

No obstante lo dicho, nosotros acudimos en primer término a los nuestros, a los que piensan como nosotros y tienen medios de secundarnos en esta obra.

¿Lo harán? No lo dudamos.

La palabra demócrata significa ante todo, y sobre todo, amante del pueblo.

Y si hoy que padece y sufre no le tendemos la mano, ¿qué va a pensar de nosotros? ¿Qué confianza va a tener cuando le digamos que somos de los suyos y procuramos por él?

Los republicanos estamos mal, muy mal; sin embargo, hay algunos que ocupan buena posición. Que hagan éstos lo que deban, que nosotros, los que trabajamos para vivir al día, haremos lo que podamos, y algo más.

La caridad lo exige y el deber lo ordena. Cumplamos con ambos.

EJEMPLO

Para predicar con él, posponiéndolo todo a la obra caritativa, nos dijimos el viernes 3 del actual:

¿Qué personas pueden tener hoy contra nosotros mayores motivos de queja?

Los señores don Francisco Pi y don Nicolás Salmerón.

Pues a ellas nos dirigiremos para que nos ayuden a socorrer al pueblo que perece, y al que tanto debemos amar todos.

¿Qué importan las quejas personales, qué los agravios a los pechos bien nacidos cuando de ciertos intereses se trata?

El no entendernos en política ¿puede ni debe ser obstáculo para que nuestros nombres corran unidos en una obra así?

No. Nuestros soldados en las guerras civiles pactaban armisticios de días, de horas, con los carlistas, durante los cuales se daban la mano de hermanos, sin perjuicio de combatirse rudamente al terminar.

Imitemos a aquellos bravos, y pactemos durante una semana siquiera el armisticio de la Caridad.

Y como lo dijimos, lo efectuamos, enviándoles a las diez de la mañana la siguiente carta:

«MUY SEÑOR NUESTRO: En el número del próximo domingo abrirá EL MOTÍN una suscripción para remediar en parte las desgracias producidas por la epidemia reinante, encabezándola con 500 pesetas.

¿Quiere usted honrarnos con su ayuda?

Rogándole que se sirva contestarnos hoy mismo, pues hay que cerrar el número esta tarde, se ofrecen de usted atentos servidores q. b. s. m. Juan Vallejo.—José Nakens.»

Al llegar la hora de cerrar la edición (seis de la tarde) no hemos recibido la contestación apetecida, si bien el señor Pi ha manifesta-

do que estaba algo enfermo y que ya respondería.

En vista de esto, aplacemos el ajuste del número hasta las nueve de la mañana del sábado, aun cuando la tirada se retrase un poco.

Son las nueve del sábado, y las contestaciones no han venido.

Lo sentimos por los pobres que podían haber sido salvados quizás de la muerte.

Los nombres de esos dos señores al frente de la suscripción en este número, hubieran animado a otros.

Confiamos, sin embargo, en que la contestación vendrá, y favorable, antes de publicarse el próximo Suplemento, que anticipáramos si fuese necesario.

LA VOZ DE LA CARIDAD

Luto en el hogar del pobre,
luto en el hogar del rico;
de la terrible guadaña
el aire parece el filo.
Por todas partes se escucha
el eco de los gemidos,
pero en guardilla y palacio
no repercute lo mismo.
Se amortigua en los tapices
que al bienestar dan abrigo,
y en las desnudas paredes
acreciéntase su ruido.
Mas fácilmente traspasa
de la muerte el soplo frío
que las pieles del magnate
los harapos del mendigo.
Hambre y desnudez acuden
de la epidemia en auxilio,
y en número que horroriza
sucumben los desvalidos.
Acudir en su socorro
es urgente y es preciso.
La humanidad lo aconseja
y lo dicta el patriotismo,
pues quien a una madre adora
y se emplea en su servicio
el mayor que puede hacerle
es conservarle los hijos.
Cesen ya, pues, los lamentos,
levántense los espíritus
y que se honre a los difuntos
dando la calma a los vivos.
Más valor, menos tristeza,
fe pródiga en sacrificios,
más abnegación que lágrimas,
más que preces donativos,
mirar el mal frente a frente
y despreciar el peligro
hoy la caridad demanda;
¿quién será sordo a sus gritos?

EL MOTÍN



Los trapos á la colada.

¡POBRES MADRES!

Grande debe ser el dolor del hombre que ve morir á los suyos sin poderles proporcionar pan ni abrigo, teniendo pecho levantado, brazos musculosos y manos encallecidas; pero puede consolarse halagando las ideas de odio que brotan en su cerebro y soñando con represalias sangrientas.

No así la mujer.

Nacida para amar, y siendo el maternal su amor más fuerte, debe sufrir el mayor de los dolores al estrechar contra su seno al niño enfermo, que se le muere por falta de alimento y de un pedazo de tela.

Parece que la veo mirando con los ojos muy abiertos á aquel pequeño ser que se le va, sin lanzar un suspiro ni exhalar una queja, convencida de la triste realidad, pero creyendo que renacería á nueva vida si pudiese prestarle más calor que el de su helado cuerpo y más alimento que el beso de sus pálidos labios.

No puede, ni aun cuando pudiera, querer investigar las causas de la muerte de aquel ángel que apenas ha vivido; sólo ve que se le va quedando yerto y que sus ojos se vidrian lentamente.

Y lo estrecha más y más contra su pecho; y las lágrimas que sin sentirlo se escapan de sus ojos, mojan la faz cadavérica del hijo de sus entrañas.

Cuando el niño cierra los suyos para siempre, la madre lo contempla con una pena desgarradora y muda, cual si durmiera y temiese despertarlo con sus sollozos.

Y una vez que se lo llevan, después de haber intentado en vano resucitarlo con los ardientes besos de sus secos labios, la infeliz queda espantada de que el sol alumbre y el mundo no se desquicie...

¡Pobre madre!

Vosotras, las que tenéis la suerte de besar á vuestros hijos sanos, pensad en la desventura que perdió el suyo por falta de recursos, y socorredla en nombre de esos tiernos pedazos de vuestro corazón.

¡POBRES NIÑOS!

Como el cuarto tiene tan pocas habitaciones, no han podido ocultarles la muerte de su madre, y casi, casi la han visto amortajar.

Los mayorcitos lloran, y los pequeños se miran. ¿Qué pasa allí? ¿Qué es aquello? Su madre está dormida, y en una cama bien extraña; esto es todo.

El padre tiene la frente sepultada entre las manos y mira ensimismado á la compañera de su vida, á la madre de sus hijos; sus hijos, que no se alimentan desde hace dos días y que además están medio desnudos.

La pequeñita, de unos tres años, pide pan; el que le sigue en edad, de cinco, se sopla los dedos amoratados.

Pocos muebles, menos ropas... Aun cuando no muchos, tenían los suficientes antes de la enfermedad de la madre. Pero ha habido que empeñarlos ó venderlos para comprar medicinas.

Por no tener á quien encargarle el cometido, el jefe de la familia tiene que ir al juzgado y á la parroquia, rogando á una vecina que se quede al cargo de la muerte y de los niños.

Estos se acercan á poco á su madre y la contemplan con ojos escudriñadores y espantados. La mayor, de nueve años, llora desconsolada, porque comprende, aun cuando no en toda su extensión, el drama terrible.

Llega el padre y tras él los encargados de conducir el cadáver al cementerio. Cargan con la caja, y desaparecen al compás de los sollozos del padre y los gritos angustiosos de los hijos.

Los pequeños interrogan al padre de ese modo temible que acostumbra la inocencia, mientras él piensa en el frío de la muerte y en el frío del hogar.

¡Y á todo esto sus hijos sin comer, y el viento entrando por los cristales! ¡Y la perspectiva de mañana más triste que la de hoy! ¡Y el ca-

lofrío de la esperanza perdida superando al frío de la atmósfera!

¡Pobres niños, á quienes la muerte de su madre priva para siempre de besos dulces y aromados, de caricias desinteresadas, de emociones puras!

Vosotros, los que disfrutáis la incomparable dicha de poseerla, pedidle que vaya en vuestro nombre á los hogares donde ocurren escenas iguales ó parecidas, y que alivie la miseria de los infelices que lloran en estos instantes la pérdida de la suya.

RECUERDO Y SÚPLICA

Cuando los terremotos de Andalucía dije á los obispos, después de pintarles el cuadro de las comarcas destruidas:

«Allí, en aquel lugar de espanto, allí está la muerte de este enemigo vuestro, si aceptáis mis desinteresados consejos.

Enajenad en el acto las cuantiosas alhajas que guardáis en vuestras arcas; vended esos coches en que os arrellanáis; suprimid el lujo en las iglesias; y, uniendo lo que todo esto produzca á los tesoros que los fieles, estimulados por vuestra actitud, os entregarán, empuñad el báculo del pastor y encaminados allí.

Y, una vez llegados, restañad piadosamente las heridas del cuerpo y las del alma, demostrando que vuestros días no tienen noche para el descanso, ni vuestras noches oscuridad para deteneros en la senda del bien.

El pan en una mano y la bendición en la otra; las palabras de consuelo en los labios y las lágrimas de ternura en los ojos; el corazón siempre abierto para amar y el alma nunca cerrada para compadecer... Que os vean así aquellos infelices.

Y entonces, allí, de pie sobre aquellas ruinas, grandes como la caridad, heroicos como el sacrificio, persuasivos como el ejemplo, entre el coro de alabanzas de aquellos seres nacidos á nueva vida por vosotros, lanzad excomunión contra mí, y, antes de que se haya apagado la última vibración de vuestro acento, habré enmudecido yo.

Y habré enmudecido para no hablar nunca; pues si vuestras condenaciones no tienen influencia sobre mí lanzadas desde un palacio soberbio, entre pajes y lacayos, esplendores y magnificencias, mientras hermanos vuestros en Cristo perecen de hambre y de frío, esas mismas condenaciones, lanzadas desde aquel palenque de caridad y abnegación, entre muertos por quienes habéis rezado y vivos á quienes habéis socorrido, caerían de tan alto, que hasta las piedras se alzarían contra este pecador si en adelante se atreviera á lanzar sus censuras contra un clérigo.

Os he dado, sucesores de Pedro, el cuchillo para matarme. Heridme, y os daré las gracias.»

Lo que os dije entonces, señores prelados de la Iglesia católica, os lo repito hoy, en vista de la calamidad que aflige á España:

Heridme, y os daré las gracias.

DISTRIBUCIÓN

Si, como esperamos, alguien responde á nuestro llamamiento, lo que se recaude, poco ó mucho, será distribuido:

Por esta redacción.

Por las personas que quieran asociársenos.

Por las recomendaciones que nos hagan todas las que nos merezcan crédito.

Y para que se vea hasta dónde llevamos nuestro desasosonamiento, al primero que rogamus nos recomiende á algún necesitado, es al señor obispo de Madrid, y después á la redacción de *La Unión Católica*, con quien tantas batallas hemos reñido y reñiremos.

No buscamos á los que comulgan en nuestra doctrina, sino á los que sufren; no queremos firmar sentencias de muerte en nombre de una creencia, sino indultar en nombre de la humanidad.

¿Es hombre el que necesita? Pues tiene derecho á nuestro auxilio. No queremos saber más; no debemos saber más.

Católico, protestante, librepensador, impío... Estas palabras no tienen significación en el lenguaje que debe hablarse hoy. Acomodados, desvalidos... Solo estas dos deben pronunciarse.

Si el socorrido piensa como nosotros ¡qué sa-

tisfacción la suya! Si no piensa, ¡qué agradecimiento tan profundo!

Llamamos á todas las puertas, y á todos los hombres de buena voluntad pedimos que nos secunden, nos ayuden é iluminen.

Tregua á la lucha; paz entre los adeptos de diversas comuniones. Tiempo habrá de combatirnos, de destrozarnos por aquello que cada cual cree verdadero.

Lo que no haríamos ninguno por nuestro interés personal, hagámoslo por el de los infelices faltos de todo; de pan y abrigo, de esperanzas y consuelos.

Es lo menos que les debemos y nos debemos á nosotros mismos.

LA CARICATURA

En la lucha por el poder, fusionistas y conservadores se sacan mutuamente los trapos á la colada.

Esos trapos, sucios con las manchas de la inmoralidad, son las empresas favorecidas con perjuicio de la nación, el fraude y el agio protegidos, la irregularidad, el chanchullo y el matute dando origen á elevadas posiciones y fortunas.

Semejante espectáculo, que siempre produciría repugnancia, hoy es causa además de profunda tristeza, porque á esa inmoralidad de los gobiernos de la restauración se debe la miseria del país, puesta hoy como nunca de manifiesto con motivo de la epidemia reinante.

Al penetrar con la caridad por gufa en las viviendas de las clases trabajadoras, espanta ver el estado en que se encuentra este pueblo tan noble y tan sufrido.

Por todas partes la falta de trabajo, y por consiguiente el hambre y la desnudez, allanan el camino á la enfermedad y á la muerte.

En tales circunstancias hay que apartar la vista de esas coladas en que cada partido pretende limpiar sus manchas exhibiendo las ajenas, para fijarla en el pueblo que sufre.

¿Quién oye la voz del odio ó del apetito cuando la de la caridad resuena suplicante?

PALOS Y PEDRADAS.

Una persona que cree en una porción de cosas en que *El Motin* no cree, pero que no pierde ocasión de demostrar sus sentimientos caritativos, sabedora de lo que proyectábamos, nos entregó cinco décimos del número 11.325, que ha de sortearse el 10 del actual, destinando el total de lo que tocara, si tocara algo, á la suscripción abierta.

Gracias hoy por la intención, que le repetiremos mañana si la suerte correspondiese á ella.

SUSCRIPCIÓN HOMENAJE

A favor de la

SEÑORITA EMILEIA VILLACAMPA

Anteayer se reunió en casa del presidente, señor Esquerdo, la comisión gestora de la indicada suscripción.

Fueron tomados los siguientes acuerdos:

1.º Cerrar definitivamente la suscripción con esta fecha, cumpliendo así una anterior resolución, y no insertar más listas de donativos que las de aquellos ya entregados y que aún no han sido publicados.

2.º Conceder el improrrogable plazo de un mes para que las viudas y huérfanos de los patriotas republicanos que hayan sucumbido por esta causa, remitan al Sr. D. José María Esquerdo (Barquillo, 4 y 6, principal), una solicitud acompañada de documentos justificativos que acrediten el derecho á disfrutar los beneficios de la suscripción.

Y 3.º Proceder, una vez transcurrido el plazo, á distribuir proporcionalmente el importe de la recaudación, conforme al acuerdo de la Junta directiva.

Madrid, 3 de Enero de 1890.

Por la Comisión,

P. MILLÁN.

EL

COMPADRE MATEO

POR PIGAUT-LEBRUN

PRECIO: DOS PESETAS

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.